

PÁGINAS LITERARIAS

Los parias

Allá en el claro, cerca del monte
bajo una higuera como un dosel,
hubo una choza donde habitaba
una familia que ya no es.
El padre, muerto; la madre, muerta;
los cuatro niños, muertos también:
él, de fatiga; ella, de angustia;
ellos, de frío, de hambre y de sed!

Ha mucho tiempo que fuí al bohío
y me parece que ha sido ayer.
¡Desventurados! Allí sufrían
ansia sin tregua, tortura cruel.
¡Y en vano, alzando los turbios ojos,
te preguntaban, Señor ¿por qué?
y recurrían á tu alta gracia,
dispensadora de todo bien!

¡Oh Dios! las gentes sencillas rinden
culto á tu nombre y á tu poder;
á tí demandan favor los pobres;
á tí los tristes piden merced;
mas como el ruego resulta inútil,
pienso que un día—pronto tal vez,—
no habrá miserias que se arrodillen,
no habrá dolores que tengan fé!

Rota la brida, tenaz la fusta,
libre el espacio, ¿qué hará el corcel?
La inopia vive sin un halago,
sin un consuelo, sin un placer.
Sobre los fangos y los abrojos
en que revuelca su desnudez,
cría querubres para el presidio
y serafines para el burdel!

El proletario levanta el muro,
practica el túnel, mueve el taller
cultiva el campo, calienta el horno,
paga el tributo, carga el broquel;
y en la batalla sangrienta y grande,
blandiendo el hierro por patria ó rey,
enseña al prócer con noble orgullo
cómo se cumple con el deber!

Mas ¡ay! ¿qué logra con su heroísmo?
¿cuál es el premio, cuál su laurel?
El desdichado recoge ortigas
y apura el caliz hasta la hez.
Leproso, mustio, deforme, airado,
soporta apenas tan dura ley,
y cuando pasa sin ver al cielo
la tierra tiembla bajo sus piés?

SALVADOR DÍAZ MIRÓN

Altivo y vigoroso poeta mexicano.

Un cuento de amor

Era día sábado. Unas tantas familias,
mujeres y hombres, metían loca alga-
zara junto al malecón del estero. Co-
mentaban el viaje de un muchacho
que se había huido de Chomes, y llegó
á Puntarenas metido en un barril. El
muchacho era cojo como Alonso de
Ojeda, y en la última fiesta del puerto
había jugado tres lanchas. Uno de los
veraneantes dijo hasta un discurso
refiriéndose al cráneo del mucha-
cho que hacía pensar en sus tatara-
deudos los viejos castellanos; acaso
siguiendo su remota genealogía se hu-
biera encontrado su atavismo ascen-
diente en aquel soldado Mancio Sierra
de Leguizamo, que en el Perú había
jugado y perdido, en una sola noche,
la colosal figura de oro, del sol.

Frente al malecón, todo aquel ba-
rullo de gentes se entretenía en juer-
gas de provincia, hasta que alguien
pidió para ilustrar el paseo, que Artu-
ro Esteban—un pintor de escuela—les
refiriera un cuento de amor, y éste,
después de repasar mentalmente su
gestación de artista, comenzó á hablar
de sus diez y nueve años. Á esta edad,
decía, mi vida donjuanesca no se ex-
tendía más allá del barrio; una de mis
conquistas era la de Elena Aponte, á
quien sin embargo no había podido
recibir en mi cuarto de soltero, alqui-
lado secretamente en una calle recién
urbanizada. Se acercaba la fecha de
mi cumpleaños, y Elena, en un mo-
mento de imprevisión, quiso ratificar
una de mis disposiciones. Mi exigen-